estando muy agitado el país, porque se disputan el poder dos partidos: los reaccionarios con el duque de Terceira, y los liberales con el duque de Soldanha.

En el momento en que llega el archiduque, es Soldanha el que gobierna, a la vez primer ministro, comandante en jefe y ministro de guerra. Es todopoderoso. Es un hombre grueso de cabellos blancos rizados, bigote y barba, tinte moreno de portugués, anteojos con aros de acero. Desde el primer encuentro, el archiduque lo detesta. "Para la reina y el joven príncipe, es el más odioso de los aduladores".

Maximiliano espera con impaciencia el encuentro con la soberana. María lo recibe en compañía de su marido y de sus tres hijos mayores. "Es alta, mantiene erguida la cabeza, sus rasgos son móviles y expresivos, ojos azules de los Habsburgo, manos finas, pero desgraciadamente la corpulencia de una portuguesa a un grado tal, que jamás había visto yo cosa parecida". Esto explica sin duda la falta de energía y de perseverancia de que ella da pruebas. Sin embargo, el archiduque tiene indulgencia respecto de ella, porque, "ofrece un raro ejemplo de las virtudes familiares en el corrompido Portugal...." y "en su actitud, en sus maneras, en su manera de gobernar el palacio, sigue de cerca el estilo alemán". He aquí lo que puede hacer perdonar muchas cosas.

La reina le testimonia mucho afecto a su joven pariente. Lo presenta a su suegra, la segunda esposa de su padre, la emperatriz viuda Amelia, que vive con su hija en una pequeña quinta en Benfica, no lejos de la capital. Amelia se casó con don Pedro, emperador del Brasil y rey de Portugal, viudo de Leopoldina de Habsburgo, madre de María. Amelia es una Leuchtenberg, hija de Eugenio de Beauharnais y nieta de Josefina. De su unión con Pedro tuvo una hija, María Amelia de Braganza, nacida en París después que Pedro fue destronado y poco antes de la muerte de éste.

María Amelia tiene veinte años. Es de rara belleza, notable y, además, inteligente, cultivada. Para Maximiliano es como un cañonazo. "Una perfecta princesa, tal y como raras veces se la encuentra". Una tarde, los jóvenes se pasean en el parque del castillo de Lumiar, propiedad del duque de Palmella. En los admirables jardines en terraza, en donde las flores arrojan mil perfumes diversos, el archiduque se declara. La joven corresponde a su amor. Ambos deciden desposarse secretamente. Sin embargo, sobre esta dicha se cierne una especie de indefinible melancolía, una melancolía de la que

Maximiliano experimenta la rara sensación con su alma de poeta.

La emperatriz viuda da su consentimiento para esta unión. Únicamente ella está en el secreto. Antes que a ninguna otra persona, es necesario prevenir a Francisco José y obtener su autorización. Desde su regreso a Viena, Maximiliano solicita el permiso de su hermano. Le es concedido. Si este matrimonio no es muy brillante a los ojos de la familia imperial, a lo menos María Amelia es una princesa auténtica, hija del emperador de Brasil. Maximiliano se casará en el curso del año próximo. Es feliz.

En Navidad se le invita con Francisco José a pasar las fiestas en Berlín. Se da un gran baile en honor de los austriacos. Entre las damas presentes, se encuentran la condesa von Linden y su hija. Francisco José, que las reconoce, se acerca a ellas para saludarlas. Maximiliano se mantiene aparte. No invita a Paula. Luego se esquiva y va a ocultarse en un salón contiguo a la sala de baile. La imagen de María Amelia ha remplazado a la de Paula.

Había vuelto hacía poco el archiduque a Trieste, cuando le llega una terrible noticia: María Amelia ha muerto. Murió de la terrible enfermedad que se llevó a su padre. Murió "del pecho", como se dice. Con la esperanza de aliviarla la habían llevado a Madera para que allí pasara el invierno. Se extinguió allí el 14 de febrero de 1853.

La pena abruma a Maximiliano. "Partió, ángel puro y perfecto, para ir a su verdadera patria..."

*
* *

Al presente, Maximiliano se cree refractario al amor. ¿Quién, pues, podría hacerle olvidar a María Amelia? No existe sino un refugio: el mar. Su oficio le gusta cada vez más. También acoge con alegría una misión en Albania que le encarga su hermano el emperador; éste, que de lo único que trata es de alejarlo, le da el mando de la corbeta *Minerva* y lo envía a las aguas albanesas para que observe lo que allí ocurre.

En estos momentos, y después de muchos años, Turquía intenta un esfuerzo de regeneración. Pero protestan todos los pueblos que se encuentran bajo su yugo. Los cristianos, hostiles a las reformas, quieren la autonomía. En Montenegro la situación es particularmente grave. En dondequiera las poblaciones cristianas llaman a las potencias europeas: los ortodoxos,

a Rusia; los católicos, a Francia, y sobre todo a Austria, más próxima. El zar le acaba de decir al embajador inglés, sir Hamilton Seymour, hablando de los turcos: "El hombre está muy enfermo, sería una desgracia si llegara a escapársenos antes que fuesen tomadas las disposiciones necesarias". Y cada quien sueña con los despojos del "hombre enfermo". Nicolás I aprovecha la ocasión para reclamarle al sultán que reconozca oficialmente su protectorado sobre sus súbditos ortodoxos. El sultán rehúsa. Entonces el ejército ruso ocupa los principados del Danubio.

Francisco José no puede, ni quiere, permanecer inactivo cuando todas las potencias se mezclan en el asunto. Decide, pues, enviar un navío a las costas de Albania, para vigilar lo que acontece.

Este país está bajo la dominación de los turcos desde la Edad Media, y son numerosos sus habitantes que se han convertido a la religión musulmana. Los cristianos, aquí, son más o menos atormentados. Fiel a su costumbre, Maximiliano anota sus impresiones en su *Diario:* "En las fronteras de la civilización se encuentra un país salvaje que lleva el nombre eufórico de Albania. En esta región de bosques, los turcos los osos y muchos católicos viven en perpetua lucha, se persiguen los unos y los otros en feroz combate como en tiempos de Diocleciano, la misa se celebra en una atmósfera de terror ansioso, y son los cirios del altar los que sirven, como entonces, para iluminar el sombrío lugar de reunión de los fieles".

Maximiliano está encargado de llevarles "un aliento moral" a estos católicos perseguidos. Después deberá informar al emperador respecto de sus condiciones de vida. Pero antes de su partida ha sido aleccionado en debida forma: que se guarde bien de traerle a Austria complicaciones con los turcos. En suma, se trata, no de hacer algo, sino de afectar el aire de interesarse en la cuestión. Por otra parte, el gobierno del sultán no les permitirá a los austriacos penetrar muy profundamente en el país. Y éstos no insistirán.

La misión ofrece algunos buenos momentos y también algunas emociones. Al llegar, la *Minerva* arrojó el ancla ante la costa, cerca del cabo Rodoni. El archiduque y sus oficiales bajan a tierra, y el jefe de la aldea les propone una partida de caza de osos en el bosque que bordea la orilla. Pero le ha sido señalada a la policía la presencia de los intrusos; aquélla llega y se informa de la identidad de los cazadores y de su barco.

Maximiliano, vestido con un albornoz blanco —recuerdo de Argel— sentado bajo un dosel de verdura, recibe a los oficiales de la policía, los invita a sentarse en derredor de él en semicírculo, y les ofrece pipas que ellos aceptan gustosamente. Luego dice su nombre y muestra la bandera austriaca. La desgracia está en que estas personas sencillas no conocen sus colores. El archiduque les afirma que está en excelentes términos con su gobierno. ¿Lo que viene a hacer aquí? Cazar, sencillamente. Y señala a un jabalí muerto. No se necesita más para convencer a los policías, los cuales, muy a su gusto ahora, fuman tranquilamente y no parecen nada decididos a retirarse. ¿Cómo incitarlos para que se vayan? Maximiliano tiene una idea: anuncia que ya es hora, para él y sus amigos, de ir al mar a hacer sus abluciones. Razón perentoria para los buenos musulmanes. Antes de partir, sin embargo, expresan éstos un deseo: quisieran ver de cerca al *Minerva*. El archiduque les entrega una orden para su segundo. Que se reciba amablemente a estos huéspedes y que se les ofrezcan largamente vino y café. Luego llevando la farsa hasta el final, entra en el agua con sus compañeros, haciendo *salam aleiks* al Este y al Oeste, al Norte y al Sur, con tal convicción que sus visitantes, edificados, les dirigen con la mano un gesto de despedida muy amigable.

Estaba a punto el *Minerva* de levar el ancla, cuando el jefe de la aldea surgió a bordo y, sollozando, se arrojó a los pies del comandante. Entre dos hipos explica que el Pachá de Tirana acaba de llegar con doscientos hombres. Tomó a su hijo como rehén y amenazó con cortarle la cabeza si el gran navío se va antes que tenga tiempo de ir a visitarlo. Inmediatamente Maximiliano envía a tierra a uno de sus oficiales para calmar al irascible Pachá. Al regresar, cuenta el emisario que se ha exagerado un poco la cosa, pero que es cierto que el Pachá ha expresado su deseo, en tono categórico, tono que por lo demás se ha suavizado mucho en el curso de la charla. Uno de los botes trae poco después a Bimbashi el Terrible, ya en estos momentos completamente amansado. "Como todos los aristócratas turcos, el león de Tirana es un pequeño tronco de hombre gordo de piernas torcidas, de vientre temblequeante, cuya actitud es la de un pequeño dios de pagoda. Traía un fez sobre su cabeza redonda afeitada, una bata sobre su cuerpo jadeante, y le cubrían las piernas pantalones sucios".

Maximiliano se divierte mucho a la vista de este fantoche. Con un movimiento negligente de cabeza, le hace seña de que se siente. Luego hace que sirvan sandías y champaña para alegrarlo. Finalmente pronunció algunas palabras huecas

y una amonestación muy severa a propósito de los cristianos, al mismo tiempo que reía so capa de los gruñidos ininteligibles de su interlocutor. "Cuando Su Altitud se hubo refrescado, lo despedí con algunas botellas de champaña oreada y se le honró con una salva de nuestros cañones de 32 que lo conmovieron seriamente".

En Durazzo, el puerto más importante del país, Maximiliano tiene noticia de que el arzobispo católico está prisionero en su propia casa desde hace un año. Envía de inmediato un destacamento armado con orden "de libertar al desdichado apóstol", de volverlo a su diócesis, y de acompañarlo a bordo del *Minerva*. Don Ambrosio, el prelado, llega en el momento en que la tripulación se prepara para celebrar el cumpleaños del emperador, el 18 de agosto. También se encuentran allí numerosos cristianos, invitados a participar en la fiesta. Ondean las banderas. Ha sido levantado un altar bajo un dosel de seda roja ante el palo de mesana. El arzobispo celebra la misa y los grumetes, coro improvisado, cantan el *Te Deum* muy bien, según opina el mismo Maximiliano.

Después de la ceremonia religiosa tiene lugar un banquete en el puente. Don Ambrosio, sentado a la derecha del archiduque, goza plenamente "de los dones de Dios". Habiéndose llenado de champaña todos los vasos, Maximiliano se levanta y brinda por el emperador. Retumba una salva de cañón, y la tripulación entona a pleno pulmón el himno nacional en alemán y luego en italiano. "Momento lleno de solemnidad y de emoción. Al venir este canto de tantos jóvenes pechos y vibrando con un sentimiento que partía del corazón, causó gran impresión en nuestros invitados".

Última etapa, Aulona, al sur de Albania. Los austriacos son muy bien recibidos por el joven rey, el cual, generoso decide regalarle un rebaño de bueyes al comandante. Pero éste no quiere aceptar nada de él, y hace levantar el ancla antes que el ganado llegue a la orilla.

Evidentemente este viaje no ha tenido alcances políticos. Pero ha sido de gran provecho para Maximiliano que ha salido muy bien de su primer mando. Está muy contento de sí mismo. "Hice lo mejor que pude para hacerles agradable la vida a mis subordinados. Un comandante que tiene el sentido de su oficio y que se considera como un verdadero marino, ama a aquellos que están bajo sus órdenes y no se siente como en su casa, sino entre marinos formados por él. Al cabo de cierto tiempo, un lazo une a toda la tripulación. Juntos sortean los peligros, se comparten las alegrías, se recorren los mares en

agradable compañía, y cada uno siente que, sobre el vasto océano, pertenece a un pequeño universo unido por todos los acontecimientos de la vida cotidiana".

Maximiliano se ha convertido en un verdadero marino. Verá oficialmente consagrada su vocación. El 10 de septiembre de 1854 se le nombra, por decreto imperial, comandante en jefe de la flota con el grado de contralmirante.

*
* *

En adelante conoce su oficio. Ha navegado durante tres años. Al presente, podrá pasar a las realizaciones. Cuando entró a la marina, la flota de guerra contaba con tres fragatas: la *Novara*, la *Belona* y la *Venus*, tres corbetas y dos acorazados. Bajo la dirección de Dahlerup, aumenta con otras dos fragatas, la *Schwarzenberg* y la *María Ana*, una corbeta, un crucero de vapor y doce navíos armados. Pero este progreso fue detenido por el sucesor de Dahlerup, el general de artillería Wimpfen, personaje absolutamente ignorante de los asuntos navales. También el nombramiento de Maximiliano ha sido acogido con entusiasmo por Tegetthoff, apasionado por la obra de renovación de la marina y que tiene absoluta confianza en el archiduque: ha visto a éste en el trabajo, lo ha juzgado lleno de celo y energía, capaz de consagrarse a los intereses del servicio "que lleva metido en el corazón". "Da pruebas, dice, de la más grande actividad y suscita las esperanzas más alentadoras. Se ocupa de los menores detalles y, por amor de su oficio y su firme resolución, estoy seguro que logrará al final realizar una completa reorganización de nuestros servicios que Dahlerup y Wimpfen han trastornado por su política superficial".

En efecto, Maximiliano, enérgicamente sostenido por Tegetthoff, va a darle un impulso serio. Es preciso aumentar y modernizar la flota. Se le comprará al gobierno inglés una fragata a vapor que será bautizada *Radetski*, nombre del mariscal vencedor del Piamonte, en Custozza, a quien Austria considera como su gran guerrero. Se construirán barcos de guerra, el *Kaiser*, el *Don Juan de Austria*. La *Novara* será blindada según los nuevos procedimientos. El archiduque se esfuerza por otra parte en darle a la marina un carácter verdaderamente nacional. Ahora el reclutamiento de los marineros se intensifica en Dalmacia y en adelante las órdenes se dan a la vez en alemán y en italiano. Se refuerzan las prácticas y la disciplina. Finalmente empieza la ejecución del plan de reorganización

que ha sometido a la consideración del emperador, plan que comporta la construcción de un nuevo puerto, Pola, para remplazar a la vieja base de Trieste; de un arsenal y de un astillero de construcción marítima; la fundación de un museo de la marina y de un instituto de hidrografía.

Bastante fríamente acogido al principio, el almirante Fernando Maximiliano se tornó muy pronto popular. Ahora se le llama Max a secas, con una familiaridad matizada de afecto. La marina austriaca empieza a adquirir cierto orgullo. Por primera vez, Max toma bajo su mando una escuadra de catorce barcos de guerra para efectuar maniobras en el Mediterráneo. Dondequiera que aborda, ya sea en Alejandría o en Tolón, produce buena impresión.

En el curso de estas maniobras, Maximiliano atraviesa el Istmo de Suez y visita al Alto Egipto. ¿Piensa en la posibilidad de un canal? Sin duda, porque dos años más tarde, enviará a aquel lugar a Tegetthoff y a un sabio, el doctor Heuglin, en misión de información a fin de reunir todos los datos acerca de este proyecto eventual.

Va en seguida a Tierra Santa, donde Jerusalén produce en él una impresión profunda. En su honor, una procesión pasea la Cruz por diversas calles, cosa que no se había visto desde hacía siglos. Maximiliano no puede separarse del Santo Sepulcro. "El consuelo que me daba me atraía sin cesar hacia él. Esta religión que es toda amor tiene su cerebro en Roma y su corazón en Jerusalén".

Durante este mismo viaje, un poco más tarde, pasa tres días en Roma. Para su gusto son demasiado cortos los días para admirar tantas maravillas acumuladas: los museos, los monumentos, las iglesias, los preciosos libros de la incomparable biblioteca Vaticana y todas aquellas obras maestras de la pintura y la escultura.

Dos veces lo recibe el papa Pío IX, comulga de manos del pontífice, acompañó a éste a misa, toma su pequeño desayuno con él, asiste a un oficio en la Capilla Sixtina. Invitado dondequiera, se prodiga en las comidas y en las veladas. Recibe también visitas oficiales. Sus "trabajos", dice, empiezan a las cinco de la mañana, y gracias a la luna llena duran hasta más allá de medianoche.

A pesar de estas diversiones, no pierde de vista su objetivo. La guerra de Crimea hace que se efectúen progresos técnicos considerables en la construcción naval. Se ponen a prueba navíos blindados en los cuales resbalan las balas rusas. Maximiliano comprende que en lo porvenir el acero remplazará a la madera

como el vapor a las velas. Tiene el sentido del porvenir. Pero no es hombre de acción. Vacilará en servirse en 1859 de este útil que él ha perfeccionado con tanta inteligencia, cuando se desate la guerra entre Francia y Austria. Los franceses bloquean a Venecia. Los marinos austriacos, llenos de ardor, humillados por este bloqueo, quisieran forzarlo. Tegetthoff es el más impaciente de todos. Pero está reducido a la impotencia. "El archiduque no quiere arriesgar su flota", dice el almirante Jurieu de la Gravière que manda las fuerzas francesas. Prefiere seguir el ejemplo de los defensores de Sebastopol e impedir que los franceses se aproximen. El nuevo buque, el *Kaiser,* recientemente botado en Pola, es anclado en medio de la laguna principal. En caso de necesidad, se le echará a pique inmediatamente para impedirle el paso al enemigo.

La flota de Maximiliano probará su valor algunos años más tarde: en 1866 quedará victoriosa en Italia, en Lissa, primera batalla donde se enfrentarán navíos acorazados de una y otra parte.

*
* *

Este marino tiene una sensibilidad de poeta. De poeta romántico y muy alemán. "Se despierta en mí un gran deseo: escuchar a la naturaleza en su gran silencio, sentirse uno mismo con una pena muy dulce, solo en el gran todo". Su poeta predilecto es Nicolás Lenan, atormentado y melancólico. Ha leído mucho a Byron cuya sed de libertad y espíritu de rebelión halla en él profundas resonancias. Pero también le gusta mucho Walter Scott, la caballería, la Edad Media.

Siempre ávido de impresiones nuevas, nunca se cansa de descubrir, de admirar. Se maravilla ante los esplendores de la naturaleza tanto como ante la obra de los artistas. España, Italia, Grecia, le arrancan gritos de alegría. En Sevilla, después de su visita al Alcázar, escribe: "Shakespeare soñó el *Sueño. de una Noche de Verano;* Mendelssohn lo oyó cantar: yo lo he visto".

Pero, para él, el viaje es algo más que el descubrimiento de paisajes o de obras desconocidas. "La expresión de los pensadores, la materialización de las ideas superiores, esto es lo que debe buscar en primer lugar el viajero en un país extranjero". El primer minarete, la mezquita, evocan para él los milagros de Asia; la primera caravana de camellos le recuerdan el Oriente de las Mil y una Noches. En Sicilia, en Siracusa,

se inclina ante la tumba de Platón. Conmovido, contempla la losa sepulcral abandonada. Le sube a los labios un poema:

...Quisiera, en este país lejano,
Para adornar tu tumba, ofrecerte flores.
Pero bajo el sol quemante
Se han marchitado entre mis manos.

Sus poemas son, dice, "gritos de su corazón". Canta su felicidad ante los países bellos de extraño encanto; grita su indignación ante las injusticias y el mal que quisiera poder borrar; desahoga sus íntimas emociones, sus amores, sus tristezas, sus esperanzas.

...Jamás soy poeta para agradar,
Lo soy en las alegrías y en los pesares.
Retumban los ecos de mis gritos de felicidad y mis lágrimas.

*
* *

La guerra de Crimea terminó en 1856. Austria no desempeña sino un papel borroso en el concierto europeo en el que Francia ha desempeñado el primer lugar. En el Congreso de París se muestran las simpatías italianas de Napoleón III. El Piamonte, hábilmente, ha marcado puntos, visiblemente sostenido por el emperador de los franceses. Francisco José está inquieto. ¿Cuáles serán las repercusiones de ese golpe teatral, la cuestión italiana planteada por Cavour ante la asamblea de los diplomáticos? Hübner, embajador de Austria en Francia, no oculta sus aprensiones. Francisco José decide enviar a su hermano a París para que lo ilustre acerca del estado de espíritu de Napoleón III y para mejorar las relaciones entre ambos países.

El archiduque llega el 15 de mayo. Primera impresión, muy desfavorable. Es recibido en la estación del Este por el príncipe Jerónimo Napoleón, primo del emperador, quien, haciendo ostentación de las opiniones republicanas y pro-italianas, execra a la vieja Austria, tirano de Italia, y personificación de tradiciones desusadas. El príncipe se muestra frío, seco. Helado por esta acogida, Maximiliano adopta la misma actitud. Los hombres que deben conducir a éste a Saint-Cloud no están allí y es preciso esperarlos durante largo rato, lo que refuerza todavía más la mala impresión. Ésta no se disipará en el primer contacto con Napoleón III. El archiduque juzga "vulgar" a este

hombrecito de manos grasosas y peludas, de ojos tiernos, de mirada astuta, de piernas torcidas, que recuerda la imagen de un director de circo armado de una fusta, más bien que la de un soberano. Es verdad que el emperador que, sin embargo, sabe encantar a sus invitados cuando quiere, no hace grandes esfuerzos por Austria. Tampoco quiere a ese país. Viejo rencor familiar. Maximiliano cree a Napoleón paralizado por la timidez. Evidentemente, ese advenedizo de Bonaparte tiene conciencia de su inferioridad ante un Habsburgo.

La emperatriz, enferma, mal recobrada de un parto penoso, está en tal estado de debilidad que no le permite abandonar su habitación. Maximiliano es introducido en ella. Reconoce "su indiscutible gran belleza", pero, dice, "le falta la dignidad imperial a todo su ser". La comparación con la deslumbrante Elisabeth, su cuñada, mujer de Francisco José no es en ventaja de Eugenia. Sin embargo, ésta, contrariamente a los Bonaparte, profesa un gran respeto por Austria, guardiana de las tradiciones conservadoras, y se esfuerza en ser amable. El archiduque le está agradecido.

Al día siguiente por la mañana, desciende a pasearse al parque, tan hermoso en esa primavera. Napoleón se le une y lleva a su huésped al famoso naranjal, teatro del 18 Brumario, lo que le permite recordar su golpe de Estado. Lo hace, anota el archiduque, con "mucha malicia". Sin duda, Napoleón que se jacta de ser "un advenedizo por el sufragio de un gran pueblo" experimenta un cierto placer en publicar sus orígenes democráticos ante ese hijo de la última monarquía por derecho divino. Pero, como es de naturaleza amable, habla de Francisco José en términos muy afables, admirando, dice, todo lo que ha llevado a cabo a pesar de su juventud. Sin embargo, lanza críticas respecto de Boul, el canciller austriaco, a quien acusa de haberle impedido actuar a Austria en la guerra de Crimea.

La conversación, ahora, está libre de todo constreñimiento. Y el archiduque se admira de la franqueza de la conversación del emperador. Éste no teme decir que más hubiera valido repartir a Turquía que sostenerla. Se felicita del descenso de la potencia rusa. Lo que le permite al archiduque insistir sobre la posibilidad de una alianza entre Francia y Austria, completamente compatible con la alianza inglesa considerada por Napoleón como indispensable. Ambos están perfectamente acordes respecto de Prusia, a quien ambos desprecian grandemente.

Por la noche, cena en Saint-Cloud. El emperador, acompañado del viejo rey Jerónimo y del príncipe Napoleón, va en busca del archiduque a sus apartamientos y le presenta a las damas y a los hombres reunidos en los salones. Maximiliano hace buena impresión. "No le falta verdaderamente más que tener mentón para ser un gentilhombre cabal", observa el ministro Fortoul. "Recibió una buena educación de príncipe que le sirve de talento y lo vuelve agradable. Le dice a cada uno una palabra con complacencia, con mucha frecuencia la misma y un poco alargada. Entonces el emperador lo toma de nuevo y se lo lleva..."

La cena, que tiene lugar en la bella decoración de la gran galería, podrá dar lugar a las burlas de Maximiliano. Al decir de Fortoul, hay gran confusión, pues se dieron mal los lugares. Cena mal servida, por otra parte, y "por debajo de lo mediocre", medio escasa, medio pingüe. "El que no hubiese comido sino de un solo platillo, estaría muerto de hambre". Luego, mientras que Maximiliano "sostiene su círculo y le hace la corte a cada uno", Napoleón se encierra con Hübner en la biblioteca.

Durante su permanencia, Maximiliano se mostrará encantador. Adula a Napoleón. Un día en que la conversación versó sobre Napoleón I, dispara estas palabras: "Napoleón I tenía genio, Napoleón III tiene talento. El genio arrastra, pero el talento reina". Lo que no le impide criticar, y con qué mordacidad, a la familia imperial y a la corte, en cartas confidenciales enviadas con hombres de confianza. Hombres de su confianza, porque no se fía del barón Hübner, embajador de Austria en París, que lo irrita prodigiosamente porque "ve todo en rosa, todo lo que concierne a Francia".

En cuanto al archiduque, el viejo rey Jerónimo, tío de Napoleón, "se parece a un viejo dentista italiano". Su hija, la princesa Matilde, carece totalmente de distinción; y su hijo, el príncipe Napoleón, tiene el físico "de un bajo de voz cascada en una ópera italiana de decimoquinto orden". En cuanto a la corte, se pone mucha buena voluntad para darle un aire distinguido, "pero el mecanismo no quiere todavía funcionar bien. Se tiene la impresión de una corte de *dilettantes* cuyos diversos cargos son desempeñados por aficionados, no siempre a la altura de su tarea. Es difícil hablar de buen o mal tono, porque le falta completamente a esta corte..." Cuando se ofreció un baile en su honor, declara "de un cómico acabado el desfile de los invitados ante los soberanos. Una sociedad mezclada a más no poder, horribles atavíos, maneras que carecen de tacto, un hatajo de aventureros, entre otros una condesa de Castiglione... la amante del emperador como todos lo saben". Por lo demás, Napoleón tiene una manera muy desagradable de mirar con el rabo del ojo a las mujeres bonitas, lo que daña mucho a su dignidad de soberano.

Hay aquí más damas de honor, más ayudas de campo, más chambelanes que en Viena, pero Napoleón tutea a Eugenia en público y, durante las comidas, hace en presencia de los criados "las más extraordinarias observaciones, lo que me parece la característica del advenedizo al que le falta ese espíritu de cuerpo que le impide comprometer a las personas de su clase ante los subalternos".

Todo se presta a las reflexiones malévolas del archiduque. ¿París? Una gran capital sin sello nacional particular. Evidentemente, Napoleón ha traído muchos cambios. Gastando mucho dinero. No es menos cierto que París no es ciudad imperial, sino ciudad de *imperatores*. Todo es brillante allí, pero hecho para el instante mismo. Por lo demás, los famosos embellecimientos tienen un objetivo estratégico; los espacios libres, las plazas, hacen posible un ataque de caballería; el macadam ha suprimido al antiguo material de las barricadas.

Cuando el archiduque asiste a una revista militar en Satory, declara: "Una de las más bellas que yo haya visto jamás. Había alrededor de treinta mil hombres. El uniforme y la disposición de las tropas eran soberbias. Pero..." Siempre hay un *pero*. "Pero las maniobras dejaron mucho que desear, y el desfile, que duró tres horas, todavía más".

Sin embargo, al cabo de algunos días, Maximiliano no puede resistir a una especie de simpatía que lo arrastra hacia Napoleón. "Es un hombre cuya personalidad no tiene nada de atractiva al primer momento, pero que produce, a la larga, una impresión favorable por la gran calma y la dignidad distinguida de su carácter..." Aprecia también su "bonhomía y su franqueza". Y encuentra cierto encanto "en la alegría, en la vivacidad ingenua" de la emperatriz. Debiendo vivir en la intimidad de los soberanos, da muestra, aun permaneciendo desdeñosamente Habsburgo, de un poco más de indulgencia. Incluso se declara "conmovido" por su amabilidad.

Durante esos doce días se esfuerza en desempeñar bien su misión: sondear las intenciones del emperador respecto de Italia. ¡Difícil misión! ¿Qué diplomático experimentado podría jactarse de conocer los sentimientos de Napoleón III? Maximiliano discierne que éste cree deberle reconocimiento al Piamonte